

medio de los representantes del pueblo de los Estados-Unidos, hacen naturalmente recordar la época en que se inauguró el Gobierno actual, y no puedo menos de congratularos, así como también á mi país, por el buen éxito obtenido. Solo me resta ahora suplicar al Supremor Hacedor del universo, al Soberano Arbitro de las naciones, que siga dispensando su proteccion á este país; que la felicidad y bienestar del pueblo sean duraderos, y que quede perpétuo el Gobierno que instituyeron para su proteccion (*).

La respuesta del Senado era tan afectuosa como digna, y revelaba su profundo respeto al Presidente. En la Cámara sin embargo, y aun cuando, atendidas las circunstancias hubiera podido esperarse unanimidad al tratarse de expresar un sincero afecto al Presidente, aprobando al propio tiempo los actos de su administracion, Mr. Giles, Andrés Jackson, y otros cuantos, se singularizaron proponiendo se suprimiesen todos los párrafos que se redactaron en este sentido, oponiéndose también á que se manifestase sentimiento alguno por su retirada de la vida pública. Sin embargo, despues de un animado debate, fué desechada la proposicion de aquellos señores, y se aprobó la contestacion por una inmensa mayoría.

Las depredaciones contra el comercio americano iban siendo cada vez mayores en número, y solo por el hecho de dirigirse á un puerto británico, ó con otros frívolos pretextos, se apresaba á los buques de la Union sin contemplacion alguna. La falta del menor requisito en un conocimiento, un insignifican-

(*) Jefferson dice en sus *Obras*, vol. ix, pág. 99, que Washington comenzaba á decaer en energia y en sus disposiciones oratorias. Estas son meras opiniones que contradicen suficientemente los hechos ocurridos durante los siguientes años de la vida de Washington.

te error en la lista de pasajeros, la falta de cualquier documento innecesario, ó cualquiera cosa por este estilo, era suficiente causa para condenar al buque.

El día 19 de enero de 1797, el Presidente, conforme á lo que habia anunciado en su discurso de apertura, comunicó al Congreso en qué estado se hallaban las relaciones con la república francesa. El luminoso informe de Washington examinaba la conducta de Francia y de sus ministros hácia los Estados-Unidos, y esponia sus diversas quejas contra el Gobierno americano desde el principio de la guerra europea, acompañando para mayor claridad una carta del Secretario de Estado al general Pinckney, ministro residente en Francia, en la cual se refutaban completamente los diversos cargos hechos por esta nacion, justificando hasta la evidencia la conducta del Presidente Washington durante un periodo tan interesante para su país y para él mismo. La carta tenia además por objeto poner al general Pinckney en estado de dar esplicaciones al Gobierno francés, así como también poner en conocimiento del pueblo americano las miras del Presidente respecto á Francia, miras que se habian interpretado torcidamente. Sentimos sin embargo decir que la carta y los documentos que la acompañaban, no produjeron el efecto que era de esperar ni en nuestro país ni en Francia.

A pesar de las diversas medidas recomendadas por el Presidente en su discurso inaugural, poca cosa se hizo durante aquella legislatura del Congreso, pues la gran lucha política absorbía la atencion de todos, y no se hallaba ninguno dispuesto á ocuparse de los asuntos públicos ante una crisis tan interesante. El proyecto para organizar la milicia no se llevó adelante, y hasta se propuso reducir el ejército, á pesar de lo escaso

que ya era, y no se quiso aprobar la construccion de las fragatas. El Secretario del Tesoro presentó su informe tal como se le indicó, proponiendo que para reunir el millon y pico de déficit anual, se creara un impuesto sobre las fincas, las casas y los esclavos. La Cámara desechó la proposicion y se aprobó un impuesto adicional sobre ciertos artículos, redactándose en consecuencia una nueva tarifa. Para el pago del interés de la deuda, y atender á otros gastos, se necesitaban dos millones quinientos mil duros.

El día 8 de febrero se procedió, en presencia de las dos Cámaras, al exámen de las cédulas electorales y á contar los votos (*), y Juan Adams anunció que él contaba con setenta y un votos, Tomás Pinckney cincuenta y nueve, Aaron Burr treinta; y que los demás votos se repartian en corto número entre Samuel Adams, Oliverio Ellsworth, Juan Jay, etc. El total de electores ascendia á ciento treinta y ocho, y de este modo Juan Adams fué elegido segundo Presidente de la Union, siendo de notar que por ciertos desgraciados manejos de parte de los federalistas, no alcanzó Pinckney la Vice-presidencia, dando esto lugar á que el hombre mas temido por los federales y apreciado por los republicanos, llegara á ocupar el segundo puesto. Usando las mismas palabras de Mr. Adams, diremos que Mr. Jefferson, aun que el verdadero aspirante á la Presidencia, quedó satisfecho de ocupar el segundo lugar en la lista de los sufragios, la cual le asignaba

(*) Antes de que se supiera el resultado de la eleccion, Jefferson escribió á Madison y á otros, manifestándoles con qué satisfaccion desempeñaría el segundo cargo en preferencia al primero, y añadía: « Si se pudiera inducir á Mr. Adams á que administrase el Gobierno, guiándose por sus verdaderos principios, y separándose de la Constitucion inglesa, podriamos tomar en consideracion si seria conveniente para el bien público ponernos en inteligencia con él respecto á las futuras elecciones. Adams es la única barrera que puede oponerse á la entrada de Hamilton.»

el cargo de Vice-presidente durante cuatro años. El poderoso adversario de los federalistas llegó pues á tan elevado puesto por culpa misma de los que mas le temian y trataban de combatirle. No era aquel el único caso de este género, de que nos ha dado ejemplo un Gobierno popular, lo cual prueba que los mas sutiles artificios en política dan al traste con los mejores proyectos y precipitan á veces los mismos resultados que se tratan de evitar (*).

Washington habia tratado siempre las calumnias de sus enemigos con el desprecio que se merecian, y solo en un caso creyó necesario separarse de esta línea de conducta. En el año 1777, los ingleses publicaron una coleccion de cartas falsas que se decia las habia escrito el general Washington á Juan Parke Custis y Lund Washington, anunciando que se habian encontrado en una maleta confiada á un criado mulato llamado Billy, quien, segun los editores, fué hecho prisionero en el fuerte Lee en 1776. Con estas cartas se trató de producir en el ánimo del público una impresion desfavorable para el buen nombre y reputacion de Washington, dando á entender que no habia desempeñado sus deberes con la suficiente rectitud é integridad. La primera edicion de estas cartas se legó muy pronto al olvido, pero algunos miserables y malignos políticos volvieron á sacarlas á luz, y se publicaron de nuevo durante el último año de la Presidencia de Washington. El mismo día que iba á retirarse de la vida pública, dirigió una carta al Secretario de Estado, en la que, despues de citar todos los

(*) *Vida y obras de Juan Adams*, vol. I, pág. 393. El nieto de Mr. Adams acusa á Mr. Hamilton y á sus amigos de ser la causa de este percance, por haber intentado una jugartera á fin de que llegara á ocupar la silla Presidencial Tomás Pinckney en vez de Juan Adams. Véase págs. 490-93.

hechos y fechas de que hablaban las cartas, concluía con estas palabras: « Pero como yo no sé cuándo podrá volver á repetirse un caso semejante ó quizás mas grave, he creído deber mio, por consideraciones á mi pais y á la verdad, referir los hechos citados, declarando solemnemente que no son mas que una miserable falsificacion, y que yo nunca las he visto, ni conocido su existencia, hasta que se imprimieron. Confío á vuestro cuidado la presente carta, y deseo se deposite en el departamento de Estado, como testimonio de la verdad para la presente y las futuras generaciones (*).

Despues de haber cumplido Washington respecto á su sucesor con los deberes que impone la cortesía y la buena política, hizo alegremente sus preparativos para retirarse á sus deliciosas posesiones de Monte Vernon. En una carta que dirigió al general Knox el dia antes de abandonar la Presidencia, decíale lo siguiente: « Yo me comparo ahora con el cansado viajero que llega al fin al punto de su destino, pero es sensible que *algunos* no me hayan permitido *retirarme* en paz. Interpretar torcidamente mis intenciones, reprobarme mi política, y debilitar la confianza que se tuvo en mi administracion, son cosas que no podian menos de hacer aquellos que tanto ansiaban un cambio en nuestro sistema político. Sin embargo, el consuelo que me queda de haber obrado con rectitud, y el aplauso de mi pais, es lo bas-

(*) En 1797 se publicó una *Historia de los Estados- Unidos* correspondiente al año anterior, en la cual se acusaba á Mr. Hamilton de fraude y malversacion de caudales, acusacion á que aquel contestó refutando fácilmente semejantes cargos, y dando al propio tiempo á conocer una deshonrosa intriga con la señora Reynolds, en que Hamilton se habia visto envuelto algunos años antes. No es necesario ni conveniente tampoco hablar aqui de los detalles, pues seria doloroso hasta para el mismo Hamilton, quien quisiéramos no hubiese manchado su buen nombre faltando á uno de los preceptos de nuestra religion.

tante para que no me alcance su aguijon y para que se reconozca que los esfuerzos de mis enemigos son tan malignos como impotentes. Aunque me halaga la idea de ir á descansar en mi tranquilo retiro, y no deseo tomar parte otra vez en la vida del gran mundo, ni intervenir tampoco en la política, no deja sin embargo de causarme sentimiento el separarme, quizá para siempre, de los íntimos amigos á quienes tanto amo. Creed que vos sois uno de estos »

Aquí nos parece oportuno consignar la siguiente anécdota del venerable obispo White.

« El dia antes de haber dimitido Washington su cargo, dió en su casa una comida á la que asistió un gran número de convidados, contándose entre ellos los ministros extranjeros y sus señoras, Mr. Adams y su esposa, Mr. Jefferson y otras personas notables de ambos sexos. Durante la comida, todos se mostraron muy alegres y satisfechos, mas al levantar los manteles, el Presidente puso fin á la hilaridad de muchos, seguramente sin intencion, pues llenando su vaso, dirigióse á los concurrentes con una sonrisa que nunca debieron aquellos olvidar, y pronunció las siguientes palabras: « señores; esta es la última vez que bebo á vuestra salud como hombre público, y lo hago con el mayor gusto, deseándoos toda clase de felicidades. » Al oír esto los concurrentes, cesaron las bromas; el que nos refiere esta anécdota dice que en aquel momento dirigió una mirada á la señora del ministro británico Mr. Liston y vió que las lágrimas corrían por sus mejillas.

Los ciudadanos de Philadelphia prepararon á su vez en honor á Washington un espléndido banquete al que asistieron los hombres mas distinguidos del pais. Al dirigirse á su retiro el ex-Presidente, todo el pueblo le saludaba con ese afectuoso entusiasmo que

siempre se le demostró; aun cuando quiso hacer su viajes ecretamente, no pudo conseguirlo, y todas las personas notables de la parte del pais por donde atravesaba, se apresuraron á tributar una muestra de respeto y admiracion, hácia el hombre que desde el nacimiento de la república todos consideraron como *el primero en la guerra, el primero en la paz y el mas amado de sus compatriotas*. Mucho tiempo despues de hallarse en su retiro siguió recibiendo manifestaciones de los cuerpos legislativos y de otras muchas personas que elogiaban en alto grado los distinguidos servicios de su antiguo Presidente.

Pasando en revista los ocho años de la vida pública del ilustre Washington, ningun americano puede dudar de la sabiduría, prudencia y vigor de que dió pruebas en el desempeño de su cargo; y á pesar de la violencia y malignidad del espíritu de partido, y de los furiosos ataques que sufrió su administracion, Washington dejó firmemente establecida la Constitucion de los Estados- Unidos. Venciendo los mayores obstáculos, reprimiendo las disensiones intestinas y las mas formidables combinaciones, dominó á los que se oponian á la Constitucion y la hizo respetar hasta el fin (*). Tambien consiguió que el pais no tomara parte en la guerra europea, rescató á los hijos de sus compatriotas que se hallaban cautivos en Argel; sometió, bien por el castigo ó por medios conciliatorios, á las tribus Indias; restableció el crédito en la nacion, adoptando medidas para la estincion de la deuda, y fundando en principios inamovibles el nuevo Gobierno de la Union, tejió para sí una corona de glo-

(*) *Jubileo de la Constitucion*, pág. 413. Mr. Gibbs (vol. I, págs. 444-50) hace algunas observaciones y da interesantes detalles acerca de la retirada de Washington de la vida pública. Véase el apéndice II, al fin del presente capítulo.

ria que nada tendria que envidiar á las que han ceñido las sienas de muchos héroes, hombres de Estado ó patriotas.

El resultado de los trabajos de Washington se dá á conocer tambien por su íntimo amigo y biógrafo, y terminaremos el presente capítulo, reproduciendo sus palabras acerca de la situacion de los negocios en 1797, comparativamente con 1788.

« En el pais quedaba restablecido el crédito; habíase hecho el arreglo de la deuda flotante de una manera completamente satisfactoria para los acreedores; las rentas se cobraban puntualmente, despues de haber vencido las dificultades que se opusieron á la creacion de impuestos, y por último, la autoridad del Gobierno estaba firmemente restablecida. Habíanse reunido fondos para el pago gradual de la deuda, de la cual se habia satisfecho una gran parte, y el sistema adoptado para estinguirla iba produciendo los mejores frutos. La riqueza comercial y agrícola de la nacion se aumentaba notablemente; las numerosas tribus guerreras de los indios, que habitaban aquellos inmensos territorios que se estienden entre el pais cultivado y el Mississipi, se veian precisadas, por la fuerza de las armas, á respetar á los Estados- Unidos y á firmar la paz; y una vez conseguido esto, habíanse adoptado las medidas mas oportunas para civilizar á los salvajes y proporcionarles esas comodidades de la vida que debian mejorar su condicion y asegurar su afecto.

» En el exterior quedaban zanjadas las diferencias con España, despues de obtenida la libre navegacion del Mississipi, y el uso de Nueva-Orleans como punto de depósito, por espacio de tres años; las causas de animadversion que amenazaban comprometer á los Estados- Unidos en una guerra con la mas grande potencia marítima y comercial

del mundo, no existían ya, y los puestos militares que por tanto tiempo estuvieron ocupados por los ingleses, quedaron evacuados al fin. Por último, acababan de celebrarse tratados con Argel y Trípoli, y como Tunez no hacia ya ninguna presa, quedó abierto el Mediterráneo para los buques de América.

»Este brillante resultado no era perfecto del todo por causa de las disensiones con Francia, pero los que saben en qué consistían las diferencias entre ambas naciones, comprenderán á qué se debe atribuir la causa de ellas, pudiendo juzgar asimismo si estaba en poder del Presidente haberlas evitado sin sacrificar la verdadera independencia de la nación y el mas apreciable de los derechos.

»Tal era la situación de los Estados-Unidos al terminarse la última administración de Washington; todos recordarán en qué es-

tado se hallaban al principio, y seguramente que el contraste es harto admirable para que no se note. Atribuir esclusivamente este ventajoso cambio en los asuntos de América á la sabiduría de los consejos nacionales, es cosa que no pretenderemos nunca; pero que muchas de las causas á que aquel se debió se originaron con el Gobierno, y que este facilitó los medios merced al sistema adoptado, es cosa que tampoco se puede negar. Para apreciar debidamente ese sistema, debe conocerse á fondo la verdadera influencia de esas fuertes preocupaciones y pasiones turbulentas que predominaron en aquella época (*).»

(*) Mr. Sparks, consagra varias páginas al hacer sus observaciones sobre la conducta de Mr. Jefferson con Washington. La lectura de aquellas no deja de ser curiosa, y no podemos menos de convenir con Mr. Sparks que despues de todo, no es fácil convencerse de que Jefferson no se hubiera hecho culpable respecto á Washington en los últimos años de su vida.

APÉNDICE AL CAPÍTULO IX.

I. LA CARTA DE MAZZEI.

«Desde el 24 de abril de 1796, en que nos dejasteis, ha cambiado de una manera notable el aspecto de nuestra política. En vez de ese noble amor á la libertad y al Gobierno republicano, que nos condujo triunfantemente á través de la guerra, tenemos ahora un partido anglicano, monárquico aristocrático, cuyo evidente objeto es introducir entre nosotros la esencia del Gobierno Británico, así como en otra época se quiso que adoptáramos sus reformas. La mayoría de los ciudadanos, no obstante, permanece fiel á sus principios republicanos, pero contra nosotros están los poderes ejecutivo y el judicial, todos los oficiales del Gobierno, los que quieren serlo, los hombres tímidos que prefieren la calma del despotismo al borrascoso mar de las libertades, y los comerciantes británicos y americanos que trafican con los capitanes ingleses, lo cual hace que nos vayamos pareciendo en todo al pervertido Gobierno Británico. Os daría un verdadero disgusto si os nombrara los apóstatas que han consentido en estas herejías, hombres que eran Sansones en el campo de batalla y Salomones en el consejo, pero que se han dejado trastornar la cabeza por la disoluta Inglaterra. En una palabra, no es probable que conservemos la libertad que obtuvimos, sino ó costa de grandes esfuerzos y peligros, pero contamos con suficientes fuerzas y tenemos bastante poderío para que no se nos arrebatase aquella ni se intente nada contra nosotros. Nos bastará despertar y cortar los débiles lazos con que se nos sujetó durante nuestro primer sueño.»

Mr. Tucker (vol. I., págs. 519-28) hace una notable defensa del anterior párrafo de la carta de Mazzei. (Véase tambien,

vol. II, pág. 25.) Marshall, en una nota que se encuentra al fin de su *Vida de Washington*, examina severamente la carta de Mazzei. Cualquiera que fuere la conclusion que deduzca de todo esto el aficionado á la historia, lo que aparece claro es que todo ello no hace mucho favor á Mr. Jefferson, ni revela tampoco que éste respetara como era debido los principios políticos y los hombres de aquella época.

II.—OBSERVACIONES DE MR. GIBBS ACERCA DE LA RETIRADA DE WASHINGTON DE LA VIDA PÚBLICA.

Poco antes de retirarse Washington celebró su última reunion, notable por su sencillez, imponente por los personajes que concurren y afectuosa por la buena armonía que en ella reinaba. Habíanse reunido los principales jefes de la república y de todos los partidos y opiniones; veíanse veteranos de la guerra de la independencia, hombres de Estado de blancos cabellos que disfrutaban hacia tiempo de la paz del hogar doméstico; los consejeros del poder ejecutivo y amigos particulares; los ministros de los Gobiernos extranjeros que veneraban tanto á Washington como sus compatriotas; y por último los ciudadanos mas notables que iban á ofrecerle el último tributo de afecto y admiración. Allí no habia pajes de corte, ni ese brillo ni esos bordados espléndidos que se ven en las recepciones de los monarcas, mas no obstante aquella reunion tenia algo de magestuoso. Los dignatarios de una nación habían ido juntos á despedirse de un hombre, que obedeciendo al llamamiento de su patria, no para alcanzar honores, sino para cumplir un deber, habia conducido los ejércitos de su país y hecho respetar las leyes, mostrándose no obstante mas